

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 4: BAUTISMO Y CORAZÓN NUEVO: EL AGUA QUE ENCAUZA NUESTROS AFECTOS

1)	INTRODUCCIÓN	1
2)	EMOCIONES	1
3)	AFECTOS	2
4)	CORAZÓN	2
5)	BAUTISMO: CORAZÓN NUEVO	3
6)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO	4
7)	PRÁCTICAS	5

1) *Introducción*

“Uno de los soldados le traspasó el costado con una lanza. Y al instante manó sangre y agua” (Jn 19,34).

Para que el bautismo sea capaz de transformar la vida, para que sea *efectivo*, tiene que ser *afectivo*, es decir, tiene que tocar el corazón. Pues lo que no toca el corazón del hombre no transforma desde dentro su vida. Vamos a explorar ese mundo de nuestros afectos.

2) *Emociones*

Comenzamos despejando un equívoco. Nuestra sociedad equipara el corazón con las emociones. Pero afectos y emociones son muy distintos. Mientras los afectos nos sacan hacia fuera y nos introducen en una comunión interpersonal, las emociones están desconectadas de las relaciones y nos encierran en nosotros mismos.

Hoy pensamos que algo es bueno o malo según nos sintamos al realizarlo, de acuerdo con nuestra emoción privada. Esto se llama emotivismo. Y afecta también a la familia, que mide si está bien o mal según sus emociones.

El *matrimonio emotivo* es el que apoya su promesa sobre una emoción. En cuanto las emociones de los dos no coincidan, se agrietará su unidad. Será un vínculo cambiante y frágil.

Padres emotivos son los que buscan la paternidad para satisfacer una emoción. Harán depender a sus hijos de cómo se sienten ellos. Será difícil que les crezca a sus hijos la libertad.



Hijos emotivos son los que buscan que sus padres confirmen sus emociones, sin aceptar que les revelen un origen que les precede, o les empujen a crecer más allá de sí mismos.

Familia emotiva es la que queda encerrada en sí misma, como refugio ante un mundo frío y anónimo. Pues las emociones, aunque nos calienten brevemente, no nos sacan de nosotros mismos, no nos mueven a obrar para edificar la Iglesia y transformar la sociedad. Una familia emotiva es una familia burbuja.

¿Tengo una familia emotiva? ¿Y cómo liberarse de esta tiranía de las emociones?

3) Afectos

Veamos, para ello, qué son los afectos.

Afecto viene del latín “*ad-fectus*”, indica que algo viene a nosotros y nos “hace” o nos transforma. Por eso el afecto no es solo un movimiento hacia otra parte (como la emoción), sino algo que nos toca de fuera y nos remodela por dentro. El afecto tiene tres pasos:

El afecto *empieza* fuera de nosotros, al encontrarnos con un bien que nos impacta. Y el bien que nos toca más hondo es la persona que nos ama y despierta en nosotros el amor. Al tener afectos no permanecemos indiferentes al amor, sino que nos dejamos tocar y llamar por él, reconociendo sus dones.

En segundo lugar, por el afecto la otra persona pasa a habitar dentro de nosotros. El otro ya no está solo fuera, sino que misteriosamente se instala en nuestro mundo. Por eso el afecto nos permite un sentir común. Recordamos al pintor Marc Chagall, que al pintar su autorretrato se dibujó junto a su mujer e hijos, y puso detrás su casa. Es que su mujer e hijos le habitaban dentro, y no era posible retratarse sin retratarles.

En tercer lugar, esta presencia interior, que nos habita dentro, nos empuja a buscar la unión plena con la persona amada. Por el afecto salimos de nosotros mismos, hacia el gozo que es vivir juntos y compartir la vida. Mientras la emoción nos encierra en nuestra soledad, el afecto nos dice, como Dios a Abrahán: “¡Sal de tu tierra!” (*Gén 12,1*).

Estos tres pasos del afecto pueden describirse con tres imágenes. La primera es la *herida* que nos crea el amor, pues el amor nos golpea y despierta. La segunda es la *morada*, pues el amor consiste en vivir en el amado y el amado en nosotros. La tercera es la *fuentes* que se desborda, pues el amor nos lanza fuera de nosotros, en busca de la unión con el amado. Lo que hemos dicho nos acerca a entender qué es el corazón.

4) Corazón

El corazón es el lugar de los afectos. Un corazón sano es el que late según esta lógica del afecto. El corazón, cuando se enferma, “contrae” emociones, como se contrae un virus. Entonces el corazón se hace duro, una condición que la Biblia llama “esclerocardía”, o esclerosis del corazón.

Desde aquí podemos acercarnos al corazón de Cristo. No es una devoción más. En ella se contiene, según Pío XII, el centro de nuestra fe. Es además una devoción apta para nuestra época, donde la cuestión clave es: ¿cómo vivir el amor



en el cuerpo? El corazón, decía Juan Pablo II, es el cuerpo que se abre al amor, que aprende a leer y escribir el lenguaje del amor.

Podemos volver a las tres imágenes que acabamos de usar: herida, morada, manantial.

Tener corazón es *dejarse herir* por el amor, dejarse despertar por él cuando sucede en nuestra vida. Pues lo contrario del amor no es primeramente el odio, sino la indiferencia.

Tener corazón es acoger la presencia del amado en mí, y aceptar vivir en el amado. Quien tiene corazón *tiene hogar* y sabe edificar hogar.

Tener corazón es desbordar la propia vida *como un manantial*, para buscar la comunión y para expandir esa comunión.

Y algo más. Pues si el corazón es lugar de alianza con el hermano, el corazón descubre también el fundamento de esa alianza.

Herida: el corazón entiende que en todo amor que nos hiere hay una llamada más antigua, un amor primero, que es el amor del Creador.

Morada: el corazón comprende que cuando construyo una morada común con la persona amada, los fundamentos de esa morada están más allá de nosotros, en el Creador, pues en Él vivimos, nos movemos y existimos.

Manantial: El corazón sabe que el manantial que nos brota dentro nace de otro manantial originario, que no deja de inundar nuestra vida, y que es el manantial del amor difusivo del Creador.

Esto nos conduce al centro de la fe cristiana. El hombre estaba enfermo de corazón. Vivía en las emociones fluctuantes, incapaz de afectos. Se había hecho duro para no ser vulnerable; vivía solo, sin hogar; era seco y árido, sin poder de transmitir fuente de vida. Había olvidado el amor primero que nos llama, que habita con nosotros, que nos hace fecundos.

Entonces vino Cristo. Amó con corazón humano. Y transformó ese corazón humano. Porque su corazón latía desde el Padre y se dirigía al Padre. Y desde el Padre amaba a aquellos que el Padre le había confiado.

En la Cruz este corazón se reveló. Y se reveló precisamente según sus tres imágenes. Fue *herido* por la lanza. Se transformó así en hendidura o *cueva* donde podemos encontrar refugio y habitar. Y de esta cueva nació un *manantial* que nos llena de vida.

¿Cómo entrar por la puerta de esta herida, habitar esta morada, beber vida de esta fuente?

5) Bautismo: corazón nuevo

Nuestro contacto de corazón a corazón (*cor ad cor*) comienza en el bautismo. El bautismo, de hecho, es el agua que brota del Corazón de Jesús. Pues, tras abrirse su costado, “brotó sangre y agua” (Jn 19,34).

Lo que vivió el Corazón de Cristo durante su vida se abre ahora a los bautizados. Sabemos que el bautismo nos imprime un carácter. Pero nos cuesta imaginarnos qué es el carácter. ¿Se trata sólo de un sello o de una marca inerte?

No, es mucho más. El carácter es la conexión viva con Cristo, por la que nos sigue llegando su gracia. Es como una fuente de gracia que se nos queda ya dentro y que nos irá regenerando con sus aguas. En el bautismo no solo cayó sobre nosotros algo de agua, sino que se nos excavó dentro un manantial.

Por eso podemos pensar en el carácter como en un corazón nuevo y, por tanto, un mapa nuevo de afectos. El corazón enfermo, que vivía encerrado en emociones, ahora late según el dinamismo afectivo. Es decir, el corazón sigue las tres fases de que ya hemos hablado. Y estas fases dan ritmo a nuestra vida de familia:

Herida: por el bautismo nuestro corazón ha perdido su armadura y se deja impactar por el amor de Dios y por el amor de los hermanos que le reciben en la Iglesia. Nuestros afectos ahora nos abren a recibir los dones de Dios a nuestra familia, a reconocerlos, a agradecerlos.

Morada: por el bautismo se nos da un corazón capaz de habitar con otros y emprender un proyecto común. Nuestro corazón se abre a fortalecer los vínculos que nos unen como familia, a conservarlos con la fidelidad y a restaurarlos con el perdón.

Manantial: Por el bautismo tenemos un corazón que se abre más allá de cada uno de nosotros. El afecto nos mueve a evangelizar, a crear bien común, a construir comunión en la Iglesia con otras familias.

Desde aquí volvemos al principio. El bautismo nos transforma porque toca nuestros afectos. Nos libera del emotivismo estéril. Hace que podamos recibir de modo nuevo los dones de Dios y comunicárnoslos entre nosotros y expandirlos más allá.

Y ahora nuestra fidelidad matrimonial se apoya sobre un don común y sobre un proyecto que se nos ha confiado: llegar juntos al Padre.

Y ahora nuestra paternidad se apoya sobre el don de Dios, que nos ha confiado a nuestros hijos para conducirlos a Él.

Y ahora los hijos ven en sus padres testigos del manantial primero, que les ayudan a abrir cauce en su vida.

¡Que brote el manantial, de corazón en corazón!

6) Preguntas para el diálogo

- 1- Comenta en qué modo el bautismo nos concede un corazón nuevo
- 2- ¿Cómo aprender a vivir el amor en el cuerpo en una sociedad emotiva?
- 3- ¿Qué dinamismo afectivo brota del Corazón de Cristo? ¿Cómo ayudarnos a vivirlo en la familia?
- 4- ¿Qué es el carácter bautismal? ¿Cómo entenderlo y vivirlo bien?



Betania

7) *Prácticas*

- Usar las tres imágenes del corazón en tres bendiciones de la mesa durante este mes. Herida porque reconocemos lo recibido; morada porque edificamos comunión; manantial por nuestra vida y misión fecunda.
- En el Día de Betania conversar sobre la consagración al Corazón de Jesús de nuestra familia. No es otra cosa sino reavivar la consagración del bautismo, dejando que vivifique nuestros afectos y seamos cada vez más una familia manantial, hacia el Padre.